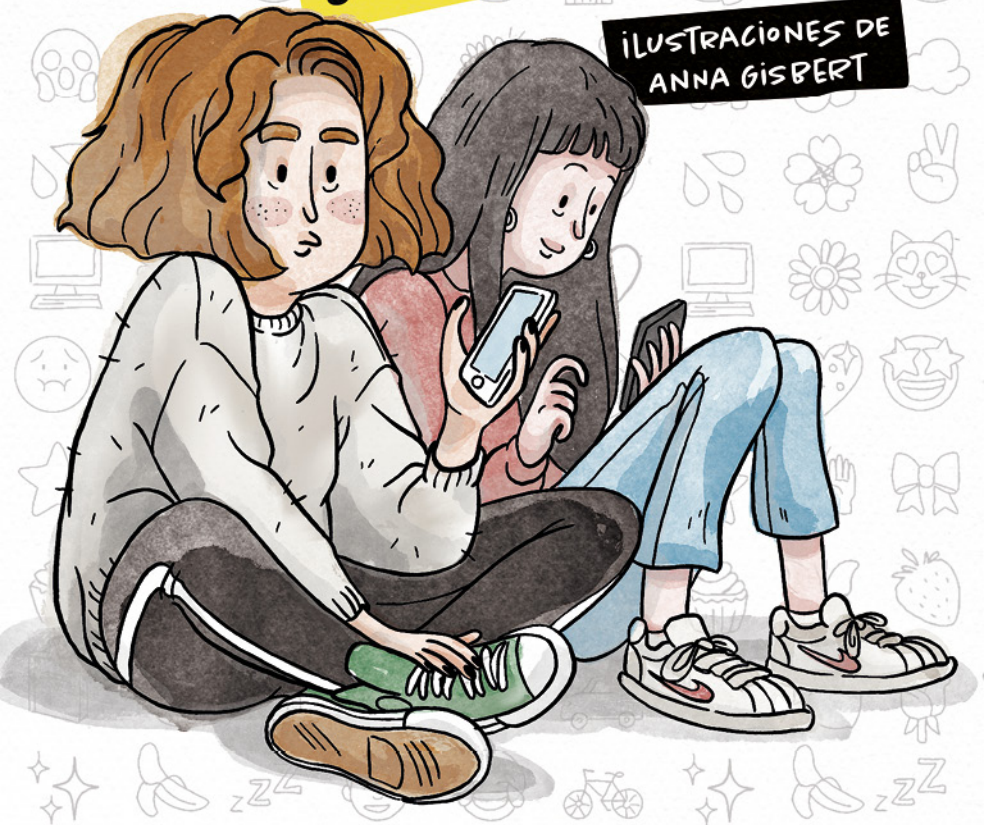
el norte

algar

ENRIC SENABRE

LAURA JUEGA CON EL MÓVIL

ILUSTRACIONES DE ANNA GISBERT



Claves para utilizar el móvil con responsabilidad

1

Laura y familia

La familia Román Velasco era una familia normal, aunque decir eso es decir muy poco, porque las familias son todas diferentes y todas normales: las hay con dos padres o con dos madres; también están las que viven con los abuelos, las que se reparten en dos casas porque los padres están divorciados y otras en las que solo convive uno de los progenitores porque el otro no está o nunca ha estado. La familia de Laura estaba formada por su madre, su padre y Ana, su hermana. También por su abuela María, la madre de su padre, que las cuidaba cuando no podían hacerlo ellos. Ah, y también tenía un amigo secreto, con quien compartía sus confidencias.

Desde pequeña, Laura, de aspecto débil, piel blanca y cabello rubio, siempre por debajo del peso que debía tener a su edad según la pediatra, era una niña

reservada y poco habladora. Quizá por timidez o por vergüenza, prefería estar sola y, por eso, necesitaba un compañero con quien jugar y a quien contarle sus preocupaciones. Su amigo secreto le hacía compañía y con él se sentía confiada y segura, aunque nadie lo conocía, solo ella.

Ana, su hermana, de complexión física completamente diferente, morena de piel y pelo y más corpulenta, de carácter extrovertido y simpática, sabía ser el centro de atención de todas las reuniones y era la líder de su grupo de amigos y amigas. En cambio, para ella era una pesada, porque era la mayor y creía que lo sabía todo y podía mandar siempre, aunque no tenía un amigo secreto como ella y no sabía lo que él le contaba.

Su madre y su padre también eran muy plastas. Siempre estaban pendientes de ella, controlándole el móvil, preguntándole si hacía los deberes, si comía o dormía. Alguna vez incluso estuvieron a punto de descubrir a su amigo oculto, pero no llegaron a conocerlo. La mejor era la abuela, que llegaba a casa para cuidar de ellas y se dormía, y Laura podía hacer lo que quería todo el rato. En cambio, sus padres eran un rollo, siempre preocupados, excepto cuando tenían cosas que hacer; entonces se olvidaban durante un rato de reñirla. En este sentido, su familia no era tan normal, porque las de sus amigas no fastidiaban tanto.

En lo que tampoco se comportaban como la mayoría era en el tema del móvil. Sus padres le controlaban

su uso, se lo dejaban solo cuando querían que no molestara o cuando ya había hecho los deberes o leído un rato. Por eso, muchas tardes se le hacían largas, y más aún porque tenían un sistema instalado que limitaba el tiempo de uso y las aplicaciones que podía utilizar. Las familias de sus amigas no eran tan meticulosas; a algunas les habían regalado un móvil para ellas solas y se lo dejaban casi siempre que querían, sin controlárselo tanto como a ella.

¿Ya tienes móvil, o todavía no te lo han comprado?

No te preocupes, no hay edad mínima ni máxima para tener uno, y depende mucho de lo que piense tu familia y de tu madurez. Y, aunque no tengas uno, seguro que entenderás las situaciones de las que hablaremos a continuación.

2

Atrapada por el móvil

Aquella tarde, Laura estaba concentrada jugando con el móvil viejo que tenía en casa, uno muy antiguo de su padre y que le dejaba porque no tenía suficiente capacidad para instalar nada, lo podía usar con el wifi de casa y le servía para unos cuantos juegos que tenía disponibles y alguna que otra aplicación que se había podido descargar. Cuando lo hacía, se ensimismaba tanto que no se daba cuenta de lo que pasaba a su alrededor. Era como si entrara dentro del juego y el resto del mundo desapareciera. En esa ocasión, su padre llevaba un rato hablándole, pero ella escuchaba una voz lejana a la que no hacía caso. Hasta que una mano la sacudió de manera decidida. Era él, que quería que lo escuchara.

—¡Eh, hazme caso! ¡Escúchame! Vamos, deja el móvil un momento y hablemos, que tengo muchas cosas que

contarte. ¿Ya? ¿Has acabado de jugar? ¿Has conseguido pasar de pantalla? Bien, perfecto. ¡Enhorabuena! Mira, quiero que hablemos sobre lo que tienes en las manos. Sí, ese aparato con el que te lo pasas tan bien, que te hace reír, emocionarte y conectar con tus amigos.

—¡Papá, mira que te pones pelma! —se quejó mientras miraba con los ojos hacia arriba, como en la carita de WhatsApp.

—No, no, espera. Enseguida sigues con el juego. Antes, hablemos un poco. ¿Qué estabas haciendo? Estabas muy entretenida y no me oías.

—Estaba jugando, y a punto de pasar de pantalla. ¡No querrías que lo dejara a medias!, ¿no?

—No, no, pero era como si estuvieses en otro planeta.

—Te oía, y no podía parar.

—¿Y piensas que eso está bien? ¿No crees que debes pensar que hay más cosas que hacer?

—¡Pero a mí me gusta jugar con el móvil! ¿Por qué tengo que hacer otras cosas? Además, tengo a mi amigo, con el que compito, y quiero ganarle.

—No te digo que no lo hagas, solo que no todo el rato. Porque, si te obsesionas, te olvidas de los juguetes nuevos que te regalaron y no nos haces caso ni a mí ni a tu hermana ni a tus otras amigas.

—¿Y si prefiero el móvil? Ahora no quiero los juguetes. Ana también está con el suyo. Y yo elijo cuándo y con quién quiero divertirme.

—Pero tú eres más pequeña y necesitas aprender más cosas y tener muchos amigos.

—Hoy no tengo deberes y no quiero hacer otra cosa.

—No te digo que hagas deberes, sino que te diviertas también con otros juegos que no sean los del móvil. Ya está bien, dámelo y haz otras cosas.

Y al final su padre se lo quitó y la dejó más aburrida que una ostra. Llevaba poco tiempo hablando con su amigo secreto, que había aparecido en la aplicación. Fue una alegría encontrarlo, porque compartían trucos y confidencias en el chat. Cuando él le contó que era un amigo secreto al que no podía ver, enseguida lo reconoció como su amigo invisible y se sintió más acompañada que nunca. Por eso le molestaba que su padre la dejara jugar tan poco, ya que se quedaba sin amigo. A pesar de todo, por un instante dejó de pensar en el juego y se marchó a la habitación, donde comenzó a montar un puzle que le habían regalado sus amigas por su cumpleaños, y se concentró tanto que no se dio cuenta de que pasaba el tiempo y ya era la hora de cenar. Al final, no era tan necesario estar con el móvil; entretenerse con otras cosas también era divertido, pero no se daba cuenta hasta que lo dejaba y se entretenía con ellas.

¿Te quedas hipnotizada con el móvil y no haces caso a nada más?

Pues tienes que pensar que hay más cosas y que no te puedes dejar atrapar por él. Los juegos a los que juegas están hechos para que estés pendiente del móvil en todo momento; los creadores han elaborado mecanismos ocultos que te seducen y te atrapan y debes aprender a no engancharte a sus trucos.